

GRANDES SONETOS Y POEMAS COLOMBIANOS

"La vieillesse est une voyageuse de nuit".

CHATEAUBRIAND

DE NOCHE

No ya mi corazón desasosiegan
Las mágicas visiones de otros días.
¡Oh patria! ¡Oh casa! ¡Oh sacras musas mías!
¡Silencio!... Unas no son, otras me niegan.

Los gajos del pomar ya no doblegan
para mí sus purpúreas ambrosias,
y del rumor de ajenas alegrías
solo ecos melancólicos me llegan.

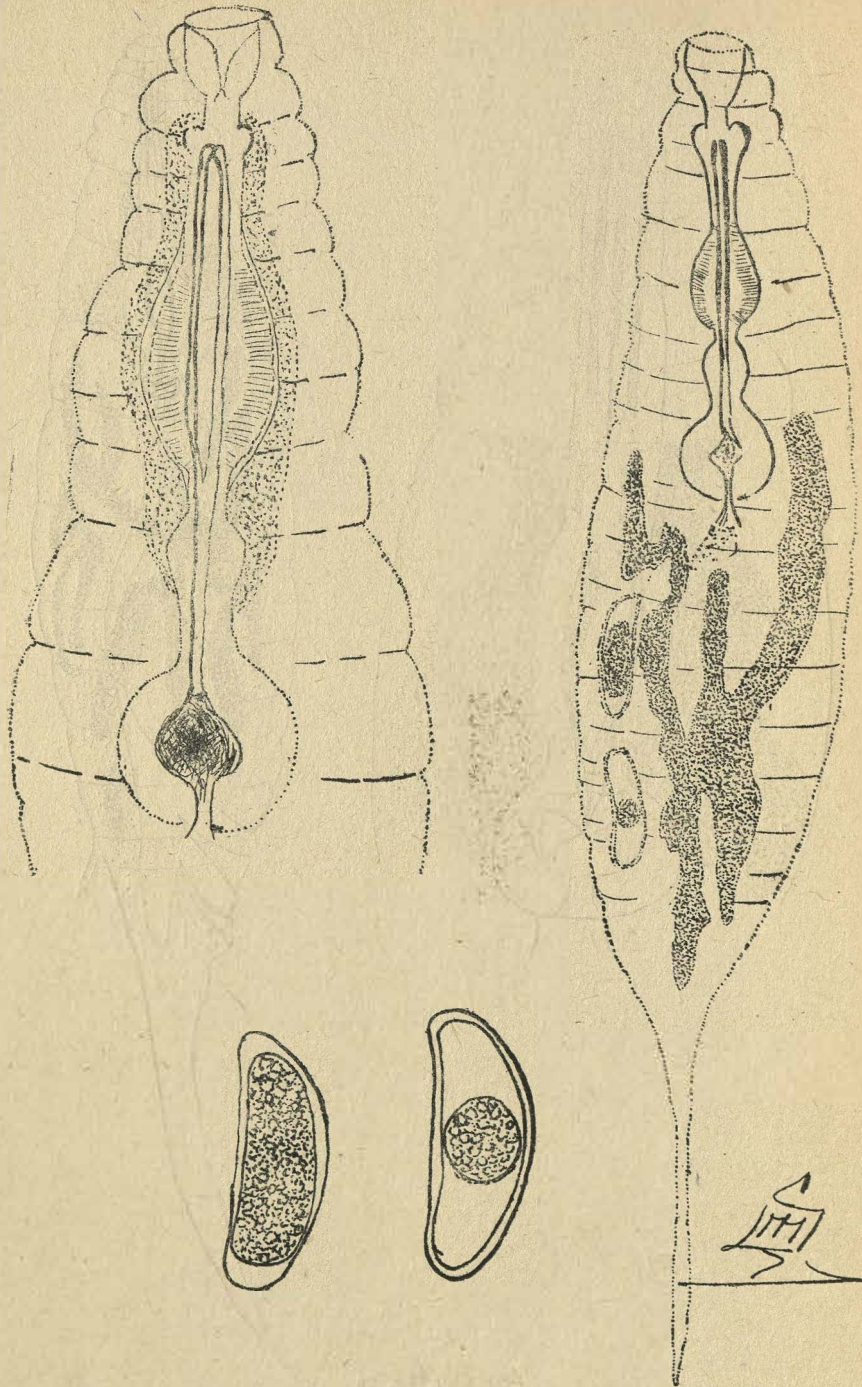
Dios lo hizo así. Las quejas, el reproche
son ceguedad. ¡Feliz el que consulta
oráculos más altos que su duelo!

Es la vejez viajera de la noche,
y al paso que la tierra se le oculta,
ábrese amigo a su mirada el cielo.

RAFAEL POMBO

RESURRECCIONES

Algo se muere en mí todos los días;
la hora que se aleja me arrebató,
del tiempo en la insonora catarata,
salud, amor, ensueños y alegrías.



Al evocar las ilusiones mías,
pienso: ¡yo no soy yo! ¿Por qué, insensata,
la misma vida con su soplo mata
mi antiguo ser, tras lentas agonías?

Soy un extraño ante mis propios ojos,
un nuevo soñador, un peregrino
que ayer pisaba flores y hoy abrojos...

Y en todo instante es tal mi desconcierto,
que ante mi muerte próxima imagino
que muchas veces en la vida he muerto.

JULIO FLOREZ

CANCION DE LA VIDA PROFUNDA

Hay días en que somos tan móviles, tan móviles,
como las leves briznas al viento y al azar.
Tal vez bajo otro cielo la gloria nos sonría...
La vida es clara, undívaga y abierta como un mar.

Y hay días en que somos tan fértiles, tan fértiles,
como en abril el campo que tiembla de pasión;
bajo el influjo pródigo de espirituales lluvias,
el alma está brotando florestas de ilusión.

Y hay días en que somos tan sórdidos, tan sórdidos,
como la entraña oscura, de oscuro pedernal;
la noche nos sorprende con sus profusas lámparas,
en rútilas monedas tasando el bien y el mal.

Y hay días en que somos tan plácidos, tan plácidos,
niñez en el crepúsculo, lagunas de zafir,
que un verso, un trino, un monte, un pájaro que cruza,
y hasta las propias penas, nos hacen sonreír...

Y hay días en que somos tan lúbricos, tan lúbricos,
que nos depara en vano su carne la mujer;
tras de ceñir un talle y acariciar un seno,
la redondez de un fruto nos vuelve a estremecer.

Y hay días en que somos tan lúgubres, tan lúgubres,
como en las noches lúgubres el llano del pinar.
El alma gime entonces bajo el dolor del mundo,
y acaso ni Díos mismo nos pueda consolar...

Mas hay también, ¡oh tierra! un día, un día, un día
en que levamos anclas para jamás volver...
Un día en que discurren vientos ineluctables.
¡Un día en que ya nadie nos puede detener!

PORFIRIO BARBA JACOB

COMENTARIOS

Por HERNANDO RIVAS IRIGOYEN

RAFAEL POMBO (1833-1912)

¡Qué maravilloso paseo se dio este gran señor de la poesía por los más exquisitos y variados caminos; por los más encendidos, sutiles, y disímiles temas de su lírica inagotable e inmarcesible! Desde el canto popular, lleno de folklóricos coloridos (El Bambuco) hasta la grave y adusta elegía (Elvira Tracy); desde la Fábula —plato favorito de esas dos edades antagónicas del hombre: la infancia y la vejez— hasta el soneto elegante y de pulida forma cuyo ejemplo más típico es “De Noche”, escrito en junio de 1890. De él ha dicho Gómez Restrepo que es “su testamento filosófico y poético, la coronación de su producción lírica y la verdadera respuesta a la “Hora de Tinieblas”.

Todos los géneros, si no opuestos por lo menos diversos, fueron cantados y cultivados con primor por este santafereño insigne. Su nombre figura entre los más escogidos de nuestro parnaso al lado de Silva y Caro, abarcando siempre más que éstos, y con caracteres ágiles y vivos. Su producción nunca dejará de iluminar las distintas edades del hombre. Es de un universalismo de motivos, de tan ecuménica visión, que si no conociéramos con certeza que provienen de una sola pluma, lo negaríamos por lógica.

Fue incontable su producción y no desmayó nunca por más novel que fuera en los trajines del estilo iniciado. La ingrata y matrera de-

cadencia le fue desconocida. Fue un arpista que siguió su ruta sin muestras de cansancio y que continuará brillando no sólo como poeta —cuya cima ya conquistó— sino como modelo inobjetable para aquellos que se inician en estas atractivas pero sinuosas y difíciles lides de las letras.

JULIO FLOREZ (1867-1923)

Este bardo con arreos de bohemio del siglo pasado sí es el verdadero poeta del trópico. Su exuberancia, su inigualable inspiración llena de cálida frescura y la factura de su verso, a veces trunca pero no por ello menos espontánea, semeja la frondosidad de este inmenso paraíso tropical de América y sus versos son a manera de macetas cargadas de profusos frutos y pródigos ensueños románticos. Su romanticismo tiene notas verdaderamente líricas y de alta y vibrante entonación, al lado de retorcidas y almibaradas sensiblerías lloronas que a veces disuenan. Pero en el total de su producción es un auténtico cantor, y algo más: un poeta de recia raigambre popular. Supo extraer de sus motivos y temas, emociones por todos comprendidas y de fácil acceso a las capas en realidad populares. De ahí su éxito asombroso, pues sus admiradores así lo demuestran con su incesante fluir en número; en este sentido es un caso insólito en el panorama de las letras patrias. Otros lo aventajan en donosura y manejo del idioma, pero aun sus mismos defectos, resentidos de fácil improvisación, son índice manifiesto de su insuperable facilidad de alto versificador de rica inspiración.

Supo cantar a la Madre con hondo patetismo (*Altas Ternuras*) que llega fácilmente al corazón del más desapasionado e insensible mortal; a la sabana, al páramo (*Idilio Eterno*, *Gloria Tropical*, *la Gran Tristeza*), así como a mil cosas nuestras, que pertenecen al patrimonio más íntimo y entrañable de nuestro sentimiento.

PORFIRIO BARBA JACOB (1883-1942)

Nunca, en mortal alguno, se había trabado con tan igual fiereza una siniestra lucha de instintos sensuales y bárbaros, contra bondad y ternura de corazón. Sorprende contemplar su inquieta y atormentada vida, siempre en perpetua trabazón bien y mal, oscuridad y luz, vicio y virtud. Si aparentemente sólo tuvo lacras y vicios horribos (hasta ha-

cerle exclamar: “Carne, bestia, mi amiga y enemiga: yo soy tú”... “Mis pies se hincaban en el suelo cual pezuña de Lucifer”...), sin embargo su obra se encuentra, a trazos, impregnada de un hálito de gracia, de ternura e ingenuidad de niño. Vivió en constante peregrinaje tratando de hallar reposo, en busca de la paz del alma, y su propósito, aquí y allende los mares, nunca se vio realizado. De su patria fue desterrado, o mejor, él mismo comprendió la necesidad de expatriarse. Siempre añoró, siempre anheló con ahinco volver a las doradas horas juveniles y familiares de su casa solariega de la montaña. Pero siempre le perseguía ese demonio interior y faústico, impidiéndole reconciliarse consigo mismo, a pesar de sus honestas intenciones de arrepentimiento. Deambuló por América entera, sentando estancia aquí y allá, sin ventura. En su vasto recorrer tenía horas de “infinita serenidad muy bellas” y que dejó en sus delicadas composiciones sobre el corazón del niño y los puros sentimientos del alma. Al fin encontró algo de tranquilidad resignada en la hospitalaria tierra de México.

Fue una existencia que se debatió en luces y sombras y su obra toda, es reflejo de su contienda, de su transcurrir errante y de su atormentada vida. La “Canción de la vida profunda” es una de las más conmovedoras y lacerantes composiciones del nuevo mundo; y como dijo Darío Samper, inspiró a toda una generación americana.

EL VALLE DE LA INFANCIA

¡Oh senda! ¡oh monte abrupto! ¡oh gruta umbría!
¡Musgoso manantial! ¡Valle sereno,
de frescas sombras y memorias lleno,
plácido albergue de la infancia mía!

Estas las flores son que yo cogía
cuando libre vagaba en vuestro seno;
conozco bien de la cascada el trueno;
así el viento los árboles movía.

Cargado ya del peso de los años
a ti vuelvo ¡oh selvático retiro,
que no padeces de la edad los daños!

Suspendo el paso o por tus vueltas giro,
y gozo aquí de libertad engaños,
y ambiente de inocencia aquí respiro.

M. A. CARO

Traducción del soneto anterior a disticos latinos

Semita! praerupti montes! umbrosa caverna!
Muscosi latices! vallis amoena, silens,
Gratas quae retines transacti temporis umbras,
O primis annis perfugiumque meis!
Ipsos, ah! ipsos assuevi carpere flores
Vestras cum poteram liber adire vias;
Delapsas nosco fremitu de montibus undas;
Frondes sic olim mulserat aura levis.
Ad te regredior, vitae iam pondere fessus,
Impia quae nescis tempora, sylva latens!
Cumque gradus sisto, tua vel per prata pererro,
Libertatis tunc hic potior specie;
Innocuosque iterum zephyros mea pectora sumunt,
Antea quos hausí leniter ipse puer.

RICARDO DE FRANCISCO

UN POEMA

Soñaba en ese entonces en forjar un poema,
de arte nervioso y raro, obra audaz y suprema.

Escogí entre un asunto grotesco y otro trágico,
llamé a todos los ritmos con un conjuro mágico,
y los ritmos indóciles vinieron acercándose,
juntándose en las sombras, huyéndose y buscándose,

ritmos sonoros, ritmos potentes, ritmos graves,
unos cual choque de armas, otros cual canto de aves;

de Oriente hasta Occidente, desde el Sur hasta el Norte . . .
de metros y de formas se presentó la corte.

Tascando frenos áureos bajo las riendas frágiles
cruzaron los tercetos, como corceles ágiles;

abriéndose ancho paso por entre aquella grey,
vestido de oro y púrpura llegó el soneto rey,

y allí cantaron todos . . . Entre la algarabía
me fascinó el espíritu por su coquetería,

alguna estrofa aguda, que excitó mi deseo,
con el retintín claro de su campanilleo.

Y la escogí entre todas . . . Por regalo Nupcial
le di unas rimas ricas, de plata y de cristal.

En ella conté un cuento, que huyendo lo servil,
tomó un carácter trágico, fantástico y sutil;

era la historia triste, desprestigiada y cierta
de una mujer hermosa, idolatrada y muerta;

y para que sintieran la amargura, exprofeso,
junté sílabas dulces, como el sabor de un beso,

bordé las frases de oro, les di música extraña,
como de mandolinas que un laúd acompaña;
dejé en una luz vaga las hondas lejanías
llenas de nieblas húmedas y de melancolías,
y por el fondo oscuro, como en mundana fiesta,
cruzan ágiles máscaras al compás de la orquesta,
envueltas en palabras que ocultan como un velo,
y con caretas negras de raso y terciopelo;
cruzar hice en el fondo las vagas sugerencias
de sentimientos místicos y humanas tentaciones...
Complacido en mis versos, con orgullo de artista,
les di olor de heliotropos y color de amatista...
Le mostré mi poema a un crítico estupendo...
y lo leyó seis veces, y me dijo... ¡No entiendo!

JOSE A. SILVA

FROM THE SPANISH OF JOSE ASUNCION SILVA (*)

I swore I would write a poem, wrought from the dream of a dream,
Glowing, passionate, nervous, strong, audacious, supreme.
The rhythms floated before me, the rhythmical weaving of words,
Some like the shock of weapons, some like the song of birds.
Golden, and crowned in purple, the Sonnet stood forth as King,
But I chose me a simpler measure, with bells and their echoing.
I chose it and decked it proudly, as one who would deck a bride,
With richest of rhymes of crystal, with rhymes of silver beside.
All of a sad, sad story, wherefrom the glamour had fled,
A tale of truth and a woman, beautiful, worshipped... dcad.
Bitter; and so that I should not a shade of its bitterness miss,
Liurote it in words of the suieetest, soft as the touch of a kiss.
With gold I embroidered the phrases, and then to the syllables mute
I wedded the mandoline's music, the far-away voice of the lute.
Shrouded the distance in vagueness, I filled in the foreground with light,
A Carnival's dazzle of brightness hurled glowingly into the night.
The mystic, the subtle, the sought-for, I wrapped in the fleece of a veil,
The velvet of human temptations that faintly and vaguely assail.
Proud of my purple verses, born of the sunshine and mist,
I gave them the odour of lilac, the colour of amethyst.
I showed my dream to a critic, a critic stupendous, bland;
He read through it six times over—and said, "I don't understand".

D. L. B. S.

(*) Tomados de *The Westminster Gazette* de 1º de Junio de 1909.

PLUMADAS

En el piadoso recogimiento de ciertas horas espirituales, cuando se abre una pausa divina de serenidad ante nuestro corazón, hemos pensado con regocijo en el homenaje que saben rendir a los poetas extraños algunos pueblos cuya devoción por el Arte no reconoce fronteras ni acepta limitaciones excesivas de raza y de medio. Bienhechora concepción de la Belleza que es patrimonio de todos los que saben sentir y pensar con la noble sinceridad de la Naturaleza, y que lleva en sí misma la simiente de una mutua glorificación. Esta sabia y fecunda interpretación en cuanto a la bondad de las cosas ajenas, este espíritu exaltante de la obra artística percibida de lejos y el testimonio de afecto que reconoce algo superior fuera de lo creado por nosotros mismos, traduce una gentil esperanza: la de que está cercano el día en que los hombres se conmuevan por la conciliación del Arte manifestado en todo lugar del Universo. Es de presentir para entonces un culto nuevo y exquisito que hará la renovación de las almas, y será la virtud social como elemento de fraternidad insuperable. Bendigamos, pues, a los poetas que nos consignan ante el valor de las naciones intelectuales, para contribución de ese feliz avalúo en la Belleza, como clave de la futura felicidad.

El poeta cuyos versos traducidos al inglés aparece hoy en esta revista, es conocido y amado por todos los espíritus con tendencias a un saludable trastorno de la antigua literatura. Silva puede considerarse un precursor, y si lo incompleto de su obra nos hace desesperar de una ovación amplísima, hay un tributo perseverante a su memoria en que han tomado parte países de calidad emotiva tan exigente como el inglés, y en el que se nota una espontaneidad que indica el valor supremo de la obra, cuya exhumación se impone como de orgullo nacional. Sorprende que en Inglaterra, cuya sería indumentaria de ingenio, desde la disciplinada elocuencia de Gladstone hasta la rotundidad armoniosa de Shakespeare, pasando por toda la escala de mentalidades, impone una cautela proverbial a cualquiera elaboración extranjera para ser aceptada y reconocida sin sospechas, se haya tenido el don de sensibilidad indispensable para apreciar a nuestro grande y malogrado poeta. Sorprende por Inglaterra y consuela por él, cuya alma inmensa y apasionada se alegrará en la sombra al lado de aquella otra, su gemela en desgracia, que se llamó Byron.

G. M. T.

(Tomado de "La Revista", Agosto de 1909).

P O E S I A N U E V A

NOCTURNO DEL PILOTO

Sólo en tu vieja nave, noctámbulo piloto,
por los mares del mundo navegas vagamente.

Sin brújula ni estrella perdura tu latido,
sin hélice ni ancla, en medio del olvido.

El viento sur te trae la canción más remota.
Y en las olas se alzan tus sollozos heridos.

La sombra del pasado te inunda de repente
y una amarga tristeza se te agolpa en la frente.

Sientes la sal marina quemándote la boca,
la boca que en un tiempo besó labios de rosa.

Oyes decir adioses desde un muelle lejano.
Sientes la marejada que circunda las naves.

Ah! los labios frutales para las despedidas.
Ah! las noches colmadas de ritmo navegante.

Pero sigue en tu nave. Todo en el mar son rutas.
Mira la lejanía y encontrarás el norte.

Deja que tu tristeza naufrague lentamente.
Toma el timón y sigue la estrella que te llama.

Tu corazón despierta. Has tuyo el horizonte.
Y también esa brisa que tu nave golpea.

Que otras noches azules y otras pálidas bocas
aún te esperan ansiosas con un beso latiendo.

JOSE NIETO

PAISAJE LEJANO

No! no es éste mi cielo
ni aquí late mi sangre.

Y no es ésta la música
que embriaga mis oídos.

Extraño hasta el aroma,
lo que aquí me circunda.

Yo vengo de otras tierras
y quiero mi paisaje.

El sórdido lenguaje
de las brisas nocturnas.

La canción de la espuma
tallada por la muerte.

Lo que dicen las velas
cuando el barco navega.

El ramaje radiante
de los últimos besos.

Si alguien me diera ahora
la luz embrujadora,

el hechizado encanto,
los amados cantares

que ciñen la dulcísima
ciudad de donde vengo.

Pero todo es extraño.
Y hasta el aire me hiere.

JOSE NIETO

ENSAYISTAS DESAPARECIDOS

ALGO SOBRE LA LABOR POLITICA DEL SEÑOR CARO

Por HERNANDO HOLGUIN Y CARO

La muerte del señor don Miguel Antonio Caro ha sido considerada por todos los colombianos como un verdadero infortunio nacional. El modesto hogar que el señor Caro fundó y que ennoblecó con el ejemplo de su virtud, privado hoy de quien era cabeza y corazón de él, aparece a nuestros ojos como una melancólica imagen de este otro hogar, sembrado también de desolación, que se llama la Patria; y sólo levantando muy alto el corazón y pensando que los hombres son apenas instrumentos privilegiados en la acción continua de la Providencia, podemos conformarnos con la idea de que el país continúe su marcha hacia el porvenir, privado de quien por tanto tiempo y por aspectos tan variados supo personificarlo con gloria y con honor.

La obra del señor Caro fue múltiple y duradera: brillan en él los blasones del humanista, del poeta y del filósofo, del jurisconsulto y del hombre de Estado. Rara vez podrá presentarse un conjunto de cualidades tan amplias y tan armoniosamente combinadas, rara vez se ostentan condiciones tan excelsas reunidas en un mismo individuo y todas ellas en grado tan eminente. Su aparición, joven aún, casi niño, en las lides de la prensa, causó asombro a sus contemporáneos: diríase un nuevo Montalambert que a los veinte años de edad, fascina a la nobleza francesa con el brillo y elocuencia de su palabra. Su pluma de periodista se levantó muy pronto como el más formidable ariete contra los principios que informaban entonces las instituciones y costumbres públicas de la Nación; y llegó él a elevarse a tal grado en el campo de la polémica, que sin duda la historia imparcial habrá de saludarlo como al más hábil y profundo entre nosotros de los lidiadores del periodismo. Años más tarde, su palabra dio días de gloria a la tribuna parlamentaria; como constituyente y como legislador alcanzó las más seguras victorias, y la obra política a la vez que social que logró realizar con la pluma y con